



Sobre el mito del hombre nuevo

Dalmacio Negro

Documento del grupo de investigación PROSOPON¹

Barcelona, Abril 2010

I. El mito del hombre nuevo, sobre el que se me ha invitado a hablar, es un concepto metapolítico que subyace a la problemática de la creciente despersonalización de las sociedades. Es como el *Triebfeder* que incita a gran parte de las pedagogías reformistas dominantes que se oponen a las tradiciones de la conducta. Me refiero a las que se pueden etiquetar, a veces equívocamente, como progresistas, ya que así suelen presentarse sus voceros.

No me considero autorizado para opinar en cuestiones pedagógicas. Pero sospecho que, por ejemplo, sin ir más lejos, ese mito es la clave intelectual, aunque seguramente no lo sepan sus autores, de la tan discutida asignatura Educación para la Ciudadanía, que tanto preocupa en España.

II. En mi opinión, la historia espiritual del siglo XX, una de cuyas obsesiones ha sido ese mito, resulta ininteligible si no se tiene en cuenta su enorme influencia en el plano de las ideas madres o, para decirlo con Ortega, en el de las ideas-creencia de la época. Es algo que flota en el *Zeitgeist* operando como un mito político en el sentido de George Sorel.

Prescindiendo por razones obvias de matices y precisiones cronológicas, se podría decir que, a comienzos del siglo XXI, la traída y llevada “ *cuestión social*”, tan cara al siglo XIX y tan activa en el XX, ha sido desplazada desde el último tercio de este mismo siglo, junto con su correlativa justicia social, a un plano secundario por la “ *cuestión antropológica*”, íntimamente ligada al mito del hombre nuevo; pues, al menos en su forma más radical, se trata de conseguir una mutación de la naturaleza humana a través de la manipulación cultural. Incluso la *justicia social* ha sido sustituida por lo que podría llamarse la *justicia antropológica*, el núcleo de la llamada cultura de la muerte. Las diversas modalidades de esta cuestión polarizan ahora las discusiones políticas que llaman más la atención.

Decía Zubiri, que nuestra época es de desfundamentación, e, históricamente, la clave intelectual del mito del hombre nuevo, es la crisis, quizá destrucción, desde luego desfundamentación por diversos motivos, de la creencia ancestral en que la naturaleza humana es una esencia universal y permanente que combina lo natural y lo espiritual, siendo lo espiritual lo que hace de esa naturaleza, en tanto moral, una persona. Michel Foucault encontró una expresión feliz para resumir el tema central de la política actual: la “nuda vida”.

III. Dando por supuesta consciente o inconscientemente esa realidad moral, siempre se había hablado de la *condición humana* como un problema ético y, en último análisis, moral, y siempre se han hecho propuestas para mejorarla. En el fondo, todas las meditaciones a lo largo de la historia del pensamiento político giran en torno a esa posibilidad, si bien suelen remitirse, en cuanto a la naturaleza de la condición humana, a las conclusiones

¹ Ponencia en el Congreso Internacional “¿Una Sociedad Despersonalizada? Propuestas Educativas”, de la Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona, 13-15 de abril de 2010).



centradas en la cultura de la vida que ofrecen las religiones. En todo caso, jamás había sido la naturaleza humana un tema político fundamental. En el mismo estado de naturaleza hobbesiano, otro concepto metapolítico que empezó a poner la cuestión sobre el tapete, la reducción de la naturaleza humana al cuerpo dotado de movimiento únicamente tenía fines metodológicos para justificar la nueva concepción artificialista de la política y el gobierno inherentes a la teoría del Estado.

Por eso importa dejar claro que el tema del hombre nuevo como mito es inconfundible con el legítimo concepto de hombre nuevo propio de las religiones, aunque seguramente ha sido sugerido por su formulación paulina. Ese mito forma parte de la politización de la existencia llevada a cabo por el artificialismo al que ha conducido el pensamiento racionalista. Tampoco tiene que ver con el otro tema de la perfectibilidad humana, aunque haya evidentes concomitancias, por lo menos por la vía de la imitación. Ni siquiera tiene relación con los tipos de hombre de que suelen hablar los historiadores de la cultura o con los que se invocan como tipos ideales: el santo, el héroe, el caballero, el cortesano renacentista, el trabajador, etc. Tampoco con el nuevo tipo de humanidad que apareció en el que llamaba Jaspers el tiempo-eje o con tipologías como las de Spranger del *homo oeconomicus*, el *homo aestheticus*, el *homo politicus*, etc., etc.

Se trata de algo completamente inédito, propio de la cultura contemporánea, si bien, como suele ocurrir, no faltan antecedentes y precedentes, generalmente vinculados a la religión.

Se encuentran por ejemplo en herejías como la pelagiana e incluso en la tradición ortodoxa o por lo menos no heterodoxa: tal es el caso del joaquinismo, el origen de las filosofías de la historia, cuyo derivado, el *Evangelio Eterno*, atribuido a otro franciscano, Gerardo di Borgo San Donnino, discípulo o seguidor de Joaquín, constituye sin embargo un claro precedente heterodoxo del mito del hombre nuevo, que ya dio mucho que hablar en su momento, si bien no parecen estar aclarados los términos concretos de la disputa.

Como concepto metapolítico se empezó a difundir a partir de la revolución francesa, tan ligada a la tradición artificialista fundada por Tomás Hobbes al sustituir la tradición que llamaba Michael Oakeshott de la razón y la naturaleza por la de la voluntad y el artificio.

Por otra parte, el artificialismo es un ingrediente principal del culturalismo moderno, al que hay que remitirse para bucear como se difundió el mito. Para abreviar, lo vincularé, pues, en este momento, al culturalismo, omitiendo otras concausas del mito, de su éxito y de su instalación como una idea-madre en el plano de las creencias colectivas.

IV. Fascinado por el éxito de la ciencia y la técnica, el culturalismo somete el hombre a la cultura, que, de ser un instrumento o artificio a su servicio para enfrentarse a la Naturaleza, pasa ser un gran truchimán. Y en el clima emotivo del Romanticismo, dato importante, el culturalismo se planteó como podría reformarse la naturaleza humana a fin de eliminar el mal, una tendencia general del pensamiento racionalista a la que dio un gran impulso el luctuoso terremoto de Lisboa en 1775. La conocida reacción de Voltaire es un ejemplo de la sensación que causó ese acontecimiento.

Decía Proudhon que detrás de todo problema humano hay siempre una cuestión teológica. Y efectivamente, lo que hay detrás del mito del hombre nuevo es el ansia culturalista de controlar el mal –ahora el ecologismo quiere modificar la misma Naturaleza- y, por ende, en el caso concreto de la naturaleza humana, de anular las consecuencias del pecado original o, por lo menos de neutralizarlo creando una cultura *ad hoc*, la cultura del hombre nuevo.



La revolución, siguiendo la inspiración del *citoyen* de Rousseau, una mezcla del *polités* griego y el creyente calvinista, potenció la figura del ciudadano como primera forma concreta del hombre nuevo. El calvinismo, decisivo en tantas cosas, alentó este mito. Como ha mostrado Michael Walzer, la idea de realizar el Reino de Dios en la tierra mediante la política surgió entre los calvinistas ingleses con ocasión de la revolución puritana de 1640-1649. Esta idea de utilizar la política para transformar el mundo era enteramente nueva en la historia de la humanidad. Se difundió poco a poco y salió vigorosamente a la luz en la revolución francesa. Unida al hecho de que la “cuestión social” exigía soluciones radicales hizo que los ideólogos y las ideologías empezaron a competir entre sí proponiendo métodos artificiosos para reformar, transformar o recrear la naturaleza humana o inventar una nueva forma de ser hombre.

El culturalismo dominante en el momento en que se formaron las ideologías era mecanicista dado el prestigio de la física matemática. Se contaba con ella como si fuese la tríaca máxima capaz de curar cualquier enfermedad o mal colectivo. E ideólogos e ideologías coincidían en que el remedio consistía en transformar artificialmente las estructuras sociales utilizando el poder político. Es decir, coactivamente, incluyendo la educación entre los instrumentos preferidos. Pensaban, un tanto en la línea de Kant y desde luego en la de Rousseau, que si se conseguía hacerlo de acuerdo con sus respectivas recetas, el hombre nuevo advendría por sí solo. La Rusia soviética, una consecuencia de la Gran Revolución y de la cuestión social, empezó a aplicar sistemáticamente en el siglo XX la receta que presumía de ser más científica en orden a conseguir la producción del hombre nuevo.

V. Entre tanto, en el transcurso del siglo XIX había cobrado auge la biología. Y Darwin planteó a fondo sin quererlo, con su hipótesis evolucionista, la cuestión antropológica. Resumiendo, en el siglo XX, el nacionalsocialismo se apropió la biología darwiniana para oponerla al mecanicismo soviético, y de ahí vino la definitiva instalación del mito del hombre nuevo en la imaginación colectiva. El historiador John Lukas ignora o no aborda este tema; pero acertó al afirmar que Hitler fue el mayor progresista del siglo XX. Lo que hay de verdad es que el progresismo que había surgido en torno a la cuestión social era tan distinto del que deriva de la cuestión antropológica como la física de la biología. Los progresistas actuales están más interesados en las cuestiones y la justicia antropológicas que en las cuestiones y la justicia sociales; ésta últimas sólo les interesan para adornar la demagogia. Si se interesaran por la historia verídica, verían en Adolfo Hitler el santo fundador de su religión.

Efectivamente, todos los temas de la cuestión antropológica se encuentran en el nacionalsocialismo, con referencias aún más explícitas que las soviéticas al hombre nuevo; la única diferencia formal, de obvias consecuencias prácticas, consiste en que en este caso el hombre nuevo sería ario en vez de comunista.

El viento de la historia se llevó al nacionalsocialismo, pero sus semillas quedaron esparcidas. Comenzaron a fructificar con ocasión de la revolución de mayo del 68, seguramente la primera gran revolución culturalista, que contó con la poderosa ayuda del existencialismo (la existencia precede a la esencia, decía Jean-Paul Sartre), el freudismo, el maoísmo y el culturalismo norteamericano que, escindido en diversas variedades, es más conocido como multiculturalismo.

Hoy, es corriente imputar al marxismo la cuestión antropológica y su subproducto la cultura de la muerte. Lo cierto es que, con la perspectiva actual, sin exculpar a la versión leninista del marxismo, gracias a la revolución culturalista de mayo de 1968, cuyo verdadero origen



está en Alemania -Berkeley y París fueron ecos-, el nacionalsocialismo ha triunfado después de muerto sobre sus enemigos bolcheviques.

VI. Sin embargo, es dudoso que esa revolución, que podría calificarse ya como la revolución del hombre nuevo, hubiera tenido tanto éxito si la socialdemocracia, horra de ideas, no la hubiese prohijado. Puesto que esta revolución rechazaba el marxismo soviético, que entonces era más bien una caduca mezcla de leninismo y stalinismo, la pacifista socialdemocracia se apropió sus ideas culturalistas. La socialdemocracia, dentro de la cual empezó a desempeñar un gran papel la sueca, marxista pero tan abierta a las nuevas ideas científicas que había identificado la libertad política con la libertad sexual, facilitó la introducción en la legislación algunas de ellas, como la licitud del aborto, alentando así a las bioideologías que surgieron dentro del Estado de Bienestar.

Las bioideologías se diferencian de las ideologías en que, como su nombre indica, son biologicistas, no mecanicistas. De ahí que las ideologías propugnen el cambio social, si es necesario impuesto violentamente, para que emerja el hombre nuevo. Las bioideologías más pacíficas, adoptan una vía directa maternalista: son empero más radicales y aspiran a crear directamente el hombre nuevo utilizando la legislación y la educación; el cambio estructural sobrevendrá tras la transformación de la conciencia, de lo que esperan una mutación genética, puesto que, según el culturalismo en su versión multiculturalista, las diferencias e identidades dependen de la cultura.

VII. Es curioso que cada bioideología desarrolle algún tema hitleriano, si bien sus métodos y sus tácticas se parecen a las leninistas, que, por otra parte, también se habían apropiado los nacionalsocialistas. Pero todas tienen en común, como idea *arrière pensée*, el ansia de la inmortalidad. Platón ya había dicho que los hombres sueñan con la inmortalidad y la inmortalidad es el *quid* del hombre nuevo. Esta constante caracteriza a las bioideologías, que reducen por eso la naturaleza humana al cuerpo. No es extraño que la bioideología de la salud sea la más potente y vigorosa, funcionando como un denominador común de todas las demás. De ahí que, con la idea de inmortalidad en el trasfondo, el ideal del modo de pensamiento bioideológico consista en borrar el pecado original, ligado a la conciencia de la muerte, que consideran el mal supremo.

El artificialismo de Hobbes se inspiraba en el miedo a morir y por eso, eludiendo la cuestión teológica, reducía el hombre al cuerpo y a su capacidad de movimiento. Y la idea capital del mito culturalista del hombre nuevo es la superación de la muerte: dentro de la nueva cultura será inmortal. Cómo conseguirlo es un problema no resuelto. Houellebecq, que parece haber captado el trasfondo del asunto, ha escrito cosas muy interesantes el respecto en algunas de sus novelas. Y se habla ya de una nueva cultura transhumanista, aludiendo al papel que juega en todo esto el humanismo, tema que sólo puedo citar en este momento.

Así pues, no es casual que la principal de las bioideologías, seguramente la madre de todas ellas, incluida la ecologista, que a primera vista puede parecer muy alejada, sea la de la salud, que en el Estado de Bienestar se ha convertido en una obsesión. Ni que todas ellas enfatizen la sexualidad como el movimiento más primario, instintivo, de un mero cuerpo vivo. Ni que la forma cultural que propugnan haya sido bautizada como cultura de la muerte: se trata de que muera el hombre viejo, anticuado, el hombre inadecuado al fin de cuentas artificioso modo de vida que imaginan vagamente, en el que el hombre nuevo será siempre feliz.

VIII. ¿Qué rasgos caracterizarían al hombre nuevo? Aunque no se reducen a esto, el culturalismo moderno ligado al artificialismo se asienta en la marcha hacia el estado social



democrático iniciada en la Edad Media, como mostró Tocqueville. En el ambiente artificialista se interpretó y se sigue interpretando la democracia en sentido igualitarista. Y la única manera de lograr que todos los hombres sean iguales es igualándolos artificialmente. De ahí que el punto de partida de la religión secular del hombre nuevo sea la “nuda vida” de Foucault; la vida de un cuerpo sin conciencia de la muerte, que para él sería la “nuda muerte”. Un hombre que simplemente vive regido por sus impulsos individuales. Precisamente acaba de aparecer un libro titulado *Egobody* para definir al hombre nuevo. Para el hombre nuevo, instalado en un mundo artificial, la vida es un trámite burocrático que debe ser lo más placentero posible, por lo que la consciencia de la muerte sin horizontes resulta inquietante. Ese hombre nuevo es un hombre puramente exterior, que, no hay que decirlo, no sólo será automáticamente tolerante sino solidario, pues estas actitudes son consideradas las virtudes supremas en la cultura de sesgo maternalista de la nueva civilización.

El culturalismo artificialista ve la vida como un juego: la cultura lúdica que hace de la vida colectiva un espectáculo permanente. Eso explica por ejemplo el aplauso a cualquier cosa, incluso al que van a enterrar, que ha cumplido el trámite que es su vida; la sonrisa permanente como un elemento fundamental de las relaciones públicas como la prueba de su solidaridad; el conformismo ante las más artificiosas reglas burocráticas, incluidas las que conciernen al lenguaje como prueba de tolerancia; etc.

IX. Por definición, el Estado de Bienestar acoge y cultiva con gusto los hombres nuevos. Según el sociólogo alemán Karl Otto Hondrich, hay ya muchos hombres nuevos. Y, en esa incruenta forma totalitaria del Estado ofician de poder espiritual y material supervivientes de las nutridas generaciones de la revolución culturalista de 1968 o herederos de su religión de la política.

Desde el punto de vista político, la cultura del hombre nuevo apunta en último término a resolver la cuadratura del círculo de la política: la ley de hierro de la oligarquía. Mas la realidad es inexorable. La naturaleza humana, como prueba la experiencia de la humanidad y demuestra la ciencia sin anteojeras ideológicas, es única e inmodificable. Por tanto, los fundamentos de la nueva cultura que se quiere imponer mediante la revolución legal en curso para fundar una nueva civilización, son tan endeble, que esta flor del mal al que combate, puede ser sólo, a pesar suyo, la flor de un día.